



Antoni Amaro

EL SIMBOLISMO DEL CENTRO



Allí en donde por medio de una hierofanía (del griego hieros (ἱερός) = sagrado y faneia (φαίνειν)= manifestar, es el acto de manifestación de lo sagrado), se efectúa la ruptura de niveles y se opera al mismo tiempo una «apertura» por lo alto (el mundo divino) o por lo bajo (las regiones infernales, el mundo de los muertos). Los tres niveles cósmicos —Tierra, Cielo, regiones infernales— se ponen en comunicación. La comunicación se

expresa a veces con la imagen de una columna universal, *Axis mundi*, que une, a la vez que lo sostiene, el Cielo con la Tierra, y cuya base está hundida en el mundo de abajo (el llamado «Infierno»). Columna cósmica de semejante índole tan sólo puede situarse en el Centro mismo del Universo, ya que la totalidad del mundo habitable se extiende alrededor suyo. Nos hallamos, pues, frente a un encadenamiento de concepciones religiosas y de imágenes cosmológicas que son solidarias y se articulan en un «sistema», al que se puede calificar de «sistema del mundo» de las sociedades tradicionales: *a)* un lugar sagrado constituye una ruptura en la homogeneidad del espacio; *b)* simboliza esta ruptura una «apertura», merced a la cual se posibilita el tránsito de una región cósmica a otra (del Cielo a la Tierra, y viceversa: de la Tierra al mundo inferior); *c)* la comunicación con el Cielo se expresa indiferentemente por cierto número de imágenes relativas en su totalidad al *Axis mundi*: pilar (cf. la *universalis columna*), escala (cf. la escala de Jacob), montaña, árbol, liana, etc.; *d)* alrededor de este eje cósmico se extiende el «Mundo» (= «nuestro mundo»); por consiguiente, el eje se encuentra en el «medio», en el «*ombiligo de la Tierra*», es el Centro del Mundo (1).

De hecho, la noción de espacio sagrado implica la idea de repetición de la hierofanía primordial que consagró aquel espacio transfigurándolo, singularizándolo; en una palabra: aislándolo del espacio profano circundante. El lugar queda así convertido en una especie de fuente inagotable de fuerza y de sacralidad que permite al hombre, sólo con que penetre en ella, participar de esa fuerza y comulgar en esa sacralidad. Esta intuición elemental del



lugar convertido por una hierofanía en «centro» permanente de sacralidad rige y explica todo un conjunto de sistemas, muchas veces complicados e intrincados.

A imagen del Universo que se desarrolla a partir de un Centro y se extiende hacia los cuatro puntos cardinales, la ciudad se constituye a partir de una encrucijada. El cuadrado construido a partir del punto central es una *imago mundi*. La división del pueblo en cuatro sectores, que implica por lo demás una partición paralela de la comunidad, corresponde a la división del Universo en cuatro horizontes. En medio del pueblo se deja con frecuencia un espacio vacío: allí se elevará más tarde la casa cultural, cuyo techo representa simbólicamente el Cielo. Sobre el mismo eje perpendicular se encuentra, en la otra extremidad, el mundo de los muertos, simbolizado por ciertos animales (serpiente, cocodrilo, etc.) o por los ideogramas de las tinieblas (2).

El *mundus* romano era una fosa circular dividida en cuatro: era a la vez imagen del Cosmos y el modelo ejemplar del *habitat* humano. Se ha sugerido con razón que la *Roma cuadrata* debe ser entendida no en el sentido de que tuviera la forma de un cuadrado, sino en el de que estaba dividida en cuatro partes. El *mundus* se asimila evidentemente al *omphalos*, al ombligo de la Tierra: la Ciudad (*urbs*) se situaba en medio del *orbis terrarum*.

Se ha podido mostrar que ideas similares explican la estructura de los pueblos y las ciudades germánicas. En contextos culturales muy diversos volvemos a encontrar siempre el mismo esquema cosmológico y el mismo escenario ritual: *la instalación en un territorio equivale a la fundación de un mundo* (3).

El *Centro* necesita un espacio sagrado por excelencia —altares, santuarios— se «construyen», ciertamente, con arreglo a las prescripciones de los cánones tradicionales. Pero esta «construcción» se funda en última instancia en una revelación primordial que, *in illo tempore*, reveló al hombre el arquetipo del espacio sagrado, arquetipo que luego se copió y repitió hasta el infinito en la erección de cada nuevo altar, templo, santuario, etc. Ejemplos de esta «construcción» de un espacio sagrado siguiendo un modelo arquetípico existen en todas partes. Por ejemplo, la erección del altar sacrificial védico. La consagración del espacio se desarrolla conforme a un doble simbolismo. Por un lado, la construcción del altar es concebida como una creación del mundo (por ejemplo, *Qatapatha Bráhmāna*, VI, 5, 1s). El agua en que se ha amasado la arcilla se asimila al Agua primordial; la arcilla empleada para los cimientos del altar, a la Tierra; las paredes laterales, a la Atmósfera, y así sucesivamente. Por otro lado, la construcción del altar equivale a una integración simbólica del Tiempo, a su «materialización en el cuerpo mismo del altar». «El altar del fuego es el año. Las noches son las piedras de su cerca, y son 360 porque hay 360 noches en el año; los días son los ladrillos, *yajusmati*, y de éstos hay 360, como 360 días hay en el año» (*ibíd.*, X, 5, 4, 10). El altar se convierte, pues, en un Microcosmos que existe en un Espacio y en unos Tiempos místicos, cualitativamente distintos del espacio y el tiempo profanos. Cuando decimos construcción de un altar estamos diciendo repetición de la Cosmogonía (4).



Todas estas construcciones sagradas representan simbólicamente el Universo entero: sus pisos o terrazas son identificados como los «cielos» o niveles cósmicos. En cierto sentido, todas ellas reproducen el monte cósmico, es decir, que se las considera edificadas en el «*Centro del Mundo*». Este simbolismo del Centro, va implicado tanto en la construcción de las ciudades como en la de las casas; en efecto, «*Centro*» es todo espacio consagrado, es decir, todo espacio en el cual pueden tener lugar las hierofanías y las teofanías, y en el que puede darse una ruptura de nivel entre el Cielo y la Tierra.

Todo nuevo lugar en el que el hombre se establece es, en cierto sentido, una reconstrucción del Mundo. Para poder *durar*, para ser *reales*, la nueva morada o la nueva ciudad tienen que ser proyectadas mediante el ritual de la construcción en el «*Centro del Universo*». Según muchas tradiciones, la Creación del Mundo se inició en un Centro, y por esta razón la construcción de la ciudad tiene que desarrollarse también alrededor de un Centro (5).

El simbolismo del Centro se articula en tres conjuntos complementarios: 1) en el Centro del Mundo está la «montaña sagrada», el punto en que se unen el Cielo y la Tierra; 2) todo templo o palacio, y por extensión, toda ciudad sagrada y toda residencia real son asimilados a una «montaña sagrada» y se convierten así en «Centros»; 3) a su vez, el templo o la ciudad sagrada, por ser el lugar por el que pasa el *Axis mundi*, son considerados como el punto de unión del Cielo, la Tierra y el Infierno. Así, en las creencias indias, el monte Meru se eleva en el Centro del Mundo y sobre él brilla la Estrella polar. En Mesopotamia, un monte central (la «montaña del país») une el Cielo y la Tierra. Es muy posible que Tabor, el nombre del monte de Palestina, sea *tabbūr* y signifique «ombbligo», *omphalos*. Para los cristianos, el Gólgota estaba en el Centro del Mundo; era a la vez la cúspide de la montaña cósmica y el lugar en que había sido creado y enterrado Adán. De suerte que la sangre del Salvador había bañado el cráneo de Adán, enterrado precisamente al pie de la Cruz, y lo había rescatado (6).

El *omphalos* es considerado como el «*Ombbligo de la Tierra*», es decir, como el «*Centro del Universo*». El simbolismo del «Centro» abarca muchas nociones: la de punto de intersección de los niveles cósmicos (canal de unión entre el Infierno y la Tierra; la de espacio hierofánico y en su virtud *real*, la de espacio «creacional» por excelencia, único en el que *puede* comenzar la Creación). Así, vemos en varias tradiciones, la Creación se inicia en un «Centro», porque allí se encuentra la fuente de toda realidad y, por tanto, de la *energía de la vida* (7).

La multiplicidad de los «centros» se explica por la estructura del espacio sagrado, que admite la coexistencia de una «infinitud» de «lugares» en un mismo centro. La «dinámica», la «realización» de esta multiplicidad es posible gracias a la repetición de un arquetipo. El arquetipo puede ser repetido en cualquier nivel y bajo la forma que se quiera, pero lo que es significativo no es el hecho de que el arquetipo pueda tener imitaciones (repeticiones) burdas, sino el hecho de que el hombre *tienda*, hasta en los niveles más bajos de su experiencia religiosa «inmediata», a *acercarse* a ese arquetipo y a *realizarlo*.



Si hay un rasgo revelador de la posición del hombre en el Cosmos, no es ni la posibilidad de rebajar el Árbol de la Vida a una superstición mágico-médica cualquiera, ni el hecho de que se pueda degradar el símbolo del Centro hasta reducirlo a una «réplica fácil», como es el hogar; es más bien *la necesidad constante que el hombre siente de realizar los arquetipos* hasta en los niveles más viles y más «impuros» de su existencia inmediata; es la nostalgia de las formas trascendentes (en este caso, del espacio sagrado) (8).

El Mándala y el simbolismo del Centro



Desde una perspectiva interior, el Mándala es la manifestación del Centro de la psique que se proyecta, como hemos visto, en los diferentes Centros, como la montaña sagrada, el altar, la ciudad sagrada y como *Axis mundi*. Para Jung, su finalidad es fomentar la contemplación mediante el estrechamiento, en cierto modo circular del campo visual psíquico en dirección al Centro. Todos los Mándalas se basan en la “*cuadratura del círculo*”. Su motivo fundamental es la idea de un Centro de la Personalidad, de un lugar central en el interior del alma al que todo está referido, a través de él, todo está ordenado y a la vez constituye una fuente de energía. La energía del Centro se pone de manifiesto

en la casi irresistible necesidad de llegar a *ser lo que uno es*, este Centro para Jung es el Sí-Mismo, y representa el punto interior, que focaliza y abarca toda la psique.

Desde el punto de vista psicológico, el Mándala se da en estados de disociación o desorientación psíquica, y se ve claramente como equilibra el desorden y la confusión del estado psíquico, a través de la construcción de un Centro hacia el que se orienta todo, o la ordenación concéntrica de lo múltiple en el desorden, de lo opuesto e incompatible. Se trata de un *intento de autocuración de la naturaleza* que no viene de una reflexión consciente sino de un impulso inconsciente. La “*cuadratura del círculo*” es uno de los motivos arquetípicos, pero frente a los demás tiene una mayor importancia funcional, ya que representa el *arquetipo de la totalidad* (9).

Mientras que los Mándalas culturales siempre presentan un estilo especial y un número limitado de motivos típicos, los mándalas individuales se sirven de una abundancia ilimitada de motivos y alusiones simbólicas, ya que tratan de expresar, o bien, la Totalidad del individuo en su vivencia exterior e interior del mundo, o el esencial punto interior del mismo: su objeto es el Sí-Mismo. Por eso el mándala individual presenta una cierta división en una mitad clara y una mitad oscura con sus símbolos típicos.



En el Mándala occidental la *scintilla*, la chispa y la esencia divina del hombre está caracterizada por símbolos que pueden designar una imagen de Dios, la imagen de la divinidad que se despliega en el mundo, la naturaleza y el hombre (10).

Bibliografía consultada

- (1) Mircea Eliade (1981) *Lo Sagrado y lo Profano*, pág. 24. Madrid: Ed. Guadarrama
- (2) Ibid., págs. 29-30
- (3) Ibid. pág. 30-31
- (4) Mircea Eliade (2010) *Tratado de Historia de las Religiones*, págs. 332-333. México: Ediciones Era
- (5) Ibid. pág. 334
- (6) Mircea Eliade (2001) *El Mito del Eterno Retorno*, págs. 12-13. . Buenos Aires: Editorial Emecé
- (7) Mircea Eliade (2010) *Tratado de Historia de las Religiones*, pág. 337. México: Ediciones Era
- (8) Ibid. págs. 344-345
- (9) C. G. Jung (2010) *Los Arquetipos y lo Inconsciente Colectivo*. Obra Completa, vol. 9/1, pág. 372. Madrid: Ed. Trotta
- (10) Ibid. págs. 373-374



Reconocimiento – NoComercial (by-nc): Se permite la generación de obras derivadas siempre que no se haga un uso comercial. Tampoco se puede utilizar la obra original con finalidades comerciales.